

Pro y contra

--Créame usted: en ninguna parte del mundo la gente se odia tanto como aquí. Aquí, en las calles, en el tranvía, en el teatro, en todas partes, cada uno es enemigo de cada uno y todos de todos. ¿Por qué? Lo ignoro. La anciana que camina demasiado lentamente por las calles o sube o baja muy despacio de la micro; el grupo de amigos que se detiene a conversar en la acera, como si le perteneciera; la persona que está a nuestro lado en las tribunas o en las galerías de un estadio, todos, en fin, reciben segundó a segundo sólo miradas de odio o pensamientos llenos de rencor.

--Usted exagera.

--No exagero, y no es lo peor lo que le he dicho; hay algo más: todo aquel que podría, con un simple gesto o con una palabra, hacerse agradable o simpático a su prójimo, evita hacer ese simple gesto o pronunciar esa palabra. No le costaría nada, pero no lo hace. ¿Es timidez, es provincialismo, es antipatía connacional? No lo sé. Por otra parte, el crecimiento de Santiago y su aumento de población han venido a agravar las cosas. La movilización provoca diariamente escenas dignas de las más amargas tragedias de Shakespeare.

--¿Ha terminado usted?

--Casi.

--Bueno: le he dicho que exageraba y lo sostengo. En primer lugar, ese sentimiento que usted observa en la gente de Santiago no es un sentimiento provinciano, como usted supone; al contrario. Ese sentimiento es indicio de que vamos dejando de ser provincianos y convirtiéndonos en habitantes de gran ciudad. Los provincianos son agradables y suaves y la gente que no tiene reales motivos para odiarse, es amable y cortés entre sí. En Santiago nos odiamos porque no nos conocemos, pero, ¿cómo llegar a conocer a tanta gente?

--En otras partes...

--Ese es el segundo lugar: en otras partes ocurre lo mismo o peor. En todo el mundo hay gente fina y gente grosera y no podemos decir que los santiaguinos son groseros, y los neoyorquinos, por ejemplo, amables y corteses. Nada de eso. En cierta ocasión, mi mujer, que había estado recorriendo Nueva York, necesitó tomar un taxi para volver a su departamento. Se detuvo en una esquina y llamó uno; el chofer acudió al punto, pero, en el mismo momento, aparecieron por allí dos ciudadanos norteamericanos que también necesitaban un taxi. Cuando mi mujer intentó subir al coche, los sujetos le dieron un empujón y se metieron cómodamente al vehículo. ¿Haría usted eso con una dama?

--Por supuesto que no.

--Sin embargo, usted es chileno, santiaguino, y ellos eran norteamericanos, neoyorquinos.

--Entonces...

--Entonces, paciencia y barajar, y sobre todo, dar el ejemplo.

Sucesión Manuel Rojas ©

Manuel Rojas